

UNA HISTORIA VISTA CON NUEVA LUZ EN EL REVELADO DEL DEPORTE

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE JORGE HUMBERTO RUIZ PATIÑO: LA POLÍTICA DEL SPORT: ÉLITES Y DEPORTE EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN COLOMBIANA, 1903-1925

Gabriel Restrepo¹

Octubre 13 2010

Los lectores encontrarán en estas páginas una historia asombrosa. Digo una historia, con minúscula, por referirme a la llamada Historia como historiografía, pero también para desacralizarla, a una nueva historia. Empleo el adjetivo con picardía: la denominada Nueva Historia en Colombia abrió en los años setenta avenidas para resignificar nuestra memoria, desplazando el centro de interés de fechas, nombres y estatuas a procesos, duraciones y estructuras. No obstante, como ocurrió con la sociología, en los setenta y ochenta sus centros de preocupación fueron los canónicos temas políticos o económicos. Se necesitaría pasar por la Constitución de 1991 para que advinieran enfoques nuevos provenientes la mayoría de la cultura: de la ciencia, de la ética, de la estética, de los movimientos sociales, del género, de la educación o de los imaginarios. Sólo en la década que ya termina accedemos a una irreverencia mayor: revisar la historia desde una perspectiva al parecer excéntrica: el deporte y la recreación.

El maravilloso libro de Jorge Humberto Ruiz Patiño: *La política del sport: élites y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*, apoyado ya en una pequeña pero muy significativa serie de estudios sociales del deporte y la recreación y muy bien afinado en orientaciones estelares de las ciencias sociales mundiales (Elías, Bourdieu, Foucault, Chantal y otros) y latinoamericanas (Alabarcés entre muchos otros), demuestra una intuición que ya alentaba cuando propuse, en una mesa de Deporte y Sociedad en el IX Congreso Nacional de Sociología realizado en el año 2006, lo siguiente: que el estudio del deporte y la recreación no servirían únicamente para reparar el vacío provocado por el desdén académico, que en términos de Umberto Eco en *Diario Mínimo* de 1959 correspondía a un “síndrome de la cenicienta” (como lo llamo yo) o a lo que

él denominaba “estética de los parientes pobres”, ni al desdén por un “género menor”, sino además para lograr una nueva relectura de la historia bajo el prisma del significado de fondo del deporte y la recreación, al modo como lo precediera en gran Norbert Elías.

Muy bien nutrido de fuentes teóricas y empíricas que maneja con gran versatilidad e imaginación, Jorge Humberto las excede con propiedad, por ejemplo cuando propone mirar el surgimiento de los clubes sociales en la última década del siglo XIX como una operación casi alquímica de metonimia, figura que le permite examinar cómo una parte (la burguesía en ascenso configurada ahora como fuerza más allá de la hacienda y del modelo agroexportador), se apropia imaginariamente del todo en la representación de lo nacional.

Son fascinantes las páginas que narran el modo como se produce la entropía del modelo señorial de las urbanidades y el esquema de la hacienda, tan típico de las tradiciones hispano-católicas y se reemplazan por lo que el autor estudia como la cortesanía de los clubes sociales. El agonismo se traslada del campo a la exhibición de modales en el club y a su exposición en las canchas de polo, de fútbol o de golf.

Para quien como yo, la sociedad puede verse a la luz de una teoría dramática- en la que vengo trabajando desde hace mucho tiempo, el escenario de los clubes sociales como vitrina social de la elite se convierte desde ahora, desde esta tesis formidable, en un laboratorio para examinar los mecanismos propios de la distinción social en Colombia, siguiendo el clásico libro de Bourdieu con el mismo nombre, del cual emergen dos preguntas que no podía plantearse Jorge Humberto por exceder el período de su análisis, pero que están latentes en su libro: ¿por qué a diferencia de Argentina la relativa “criollización” del fútbol no engendró a los

¹ Profesor de la Universidad Nacional, miembro de la Comisión del Bicentenario, miembro de la Asociación Colombiana de Estudios e Investigaciones del Deporte y la Recreación, ASCIENDE.

equipos como clubes sociales deportivos con algún calado social? ¿Por qué ciertas luchas por la distinción y exclusividad social se centraron en los clubes, con tres ejemplos entre muchos que pueden aducirse, como la impermeabilidad de estos a los intentos de los narcotraficantes por pertenecer a ellos¹, la bomba a El Nogal o los esfuerzos de un senador de izquierda proveniente del magisterio por lograr la admisión en un Club Social?

Pero el excelente y sorprendente libro de Jorge Humberto Ruiz va mucho más allá: examina la filigrana que urde el ascenso de un capitalismo y modernización precaria con los discursos de la higiene, los intentos por hacer de la educación física y del deporte una política nacional y la constitución del deporte como un campo autónomo, en los términos de Bourdieu, con toda la parafernalia de público, prensa, burocracia.

El autor concluye con no poco escepticismo. El proyecto modernizador y democratizador a través del deporte fracasó en Colombia. El control por parte del Estado de igual modo se deshizo con una globalización que genera identidades múltiples y lábiles.

El libro invita de este modo a emprender muchos otros libros y desata preguntas sin fin, algunas de las cuales son objeto de mi reflexión. Jorge Humberto se pregunta al final cómo se operó la popularización del deporte o, en otros términos, cómo una práctica del deporte de la elite se torna folclore deportivo, al mismo tiempo que se inquieta por el poco estudio que se ha realizado de su práctica en colegios de estratos bajos, como el Salesiano.

En sus diarios maduros de 1936, el gran escritor Robert Musil registró esta iluminante reflexión:

El elemento básico de cualquier política alemana (europea occidental) es el pequeñoburgués. El obrero es, por su naturaleza, un pequeñoburgués o una variante de éste. La población rural está en camino de serlo. ¿Qué necesita el pequeñoburgués? Un poco de distracción y de variación. In summa, la libertad de envidiar. In summa, la posibilidad de sentirse satisfecho. Un cierto equilibrio afectivo bajo la dirección de unas ideas cualquiera, como todos los seres humanos. (Honor). Pero tal vez aquí esté implícita una cuestión general: ¿qué pretende el ser humano? (Musil, Robert. 2006. Diarios. Barcelona: Mondadori. Segundo tomo, 323).

1 Los narcotraficantes pudieron comprar tierra, caballos finos, pinturas, pero no ingresar a los clubes sociales. Uno de ellos, rechazado, construyó un club paralelo para su sólo uso.

El texto es demasiado elocuente como para seguirlo en todas sus implicaciones, por ejemplo resolver la última pregunta en términos de una sociedad, como la digital, que es en su esencia recreativa. Nos interesa empero un asunto: "la libertad de envidiar". En la teoría dramática de la sociedad que estoy elaborando, las pasiones importan más que las acciones racionales. Y ello implica hallar cuál es en las sociedades la pasión predominante, qué se sublima o se transforma a veces en virtud, pero que por lo general comienza como defecto. En Alemania es fácil la respuesta: la soberbia; entre los latinos italianos, franceses y españoles, la gula y la lujuria; entre los ingleses, la desidia o el carácter flemático; en los Estados Unidos, la avaricia. ¿Y en Colombia? La envidia. La envidia no sólo se padece, se suscita y esa fue, a mi modo de ver, una de las puestas en escena de los clubes sociales.

Ello se engarza con dos tesis: la primera, una de las claves que explica por qué un país con uno de los mayores grados de inequidad del mundo (coeficiente Gini de 0.576) y con uno de los grados mayores de violencia histórica, es a la vez uno de los países más felices y donde el establecimiento no pena por estabilidad, pues está garantizada², radica en la manera como la élite a través de un poder mediático unido al poder político y al económico³ exalta un riquísimo mundo de la vida que comparte a través de muchos ritos. Colombia puede así sobreponerse al síndrome de Mister Jekyll y Mister Hyde: felicidad altísima en el mundo de la vida, infelicidad en el mundo de los sistemas sociales (poderes económico, político, mediático y educativo).

La segunda tesis toca un asunto muy personal, pero también general. Lo único que proporcionó sentido a una vida trágica como la de mi padre (huérfano de madre a los dos meses por la gripa española, 1918, huérfano de padre en 1924 por la muerte por morfina y mendicidad de su padre poeta) fue el fútbol aprendido en los patios del Colegio Salesiano de la Merced, donde los futbolistas se caracterizaban por lo que llamaron la patada salesiana: como había muchos vitrales, los padres fabricaban una pelota tan pesada que no pudiera tomar vuelo. Pero la vida de mi padre y su relación con el fútbol (fue jugador en los Millonarios de 1940 a 1942)

2 La no comprensión de estas dimensiones sociológicas que no pueden entenderse a través de un marxismo chato ha sido la causante del inmenso y trágico error histórico de las guerrillas.

3 En los países del hemisferio norte hay una relativa autonomía de estos tres poderes que, en cambio, están fusionados en América Latina.

ilustra muy bien la precariedad de la redención por el deporte, tesis a la cual paso.

Colombia, a diferencia de Argentina, no tuvo una inclusión causada por gobiernos populistas como el de Perón, en donde el deporte se extendió a las escuelas y al mismo tiempo a los clubes deportivos. Ilustran nuestras precariedades un suceso histórico y una tendencia. El evento histórico es el dilema que se presentó en la Alcaldía de Jorge Eliécer Gaitán: el gobierno de López Pumarejo era partidario de hacer girar el deporte en torno a la educación y en particular de la Universidad, con el templo del Estadio. A diferencia, Gaitán terció por el Nemesio Camacho El Campín, como un modo de desarrollar el deporte desde una vertiente popular. Ni lo uno, ni lo otro. Y ello por la tendencia: se ha dicho que la Revolución Liberal significó una gran transformación social y educativa. La prédica constituye un mito. Ciertamente, se avanzó en algunos aspectos, pero las estadísticas indican dos hechos contundentes: primero, la esperanza de educación de los colombianos no varió en todo el siglo XX, incluida la República Liberal, de una esperanza de educación de 1.2 grados de primaria por habitante. Segundo, el campo no se transformó sino de un modo superficial, prusiano, diríamos en términos del marxismo más lúcido. Esos dos factores: inequidad derivada de la miseria del campo y del poco

acceso a la educación fueron los factores que llevaron a la violencia de los cincuenta.

Hoy, cuando se avizoraría hacia el futuro quizás una posible paz, entre los dos bicentenarios del 20 de julio de 1810 y el siete de agosto de 1819 o, como prefiero, del 15 de febrero de 1819 cuando Simón Bolívar instala el Congreso de Angostura e indica que si no se funda la soberanía política en la educación del soberano entraremos en guerras fratricidas, conviene no engañarse sobre las razones por las cuales el mayor período de paz, posterior a la guerra de los Mil Días y anterior al nueve de Abril de 1948, fue al fin y al cabo precario: ese proceso de civilización, que describe Jorge Humberto Ruiz con pluma magistral siguiendo a Elías, estaba mal fundado y como él observa en sus conclusiones, no logró cuajar como un proyecto de estado democrático.

Vuelvo al principio: con el libro de Jorge Humberto Ruiz iniciamos muchas nuevas historias, así, en minúscula: historias plurales, historias excéntricas, historias que a través de lentes inéditos revelan bajo nuevas luces los negativos de la sociedad colombiana que tanto amamos.